

Debe observarse que los manuscritos de Ondegardo, carecen de su firma; pero en ellos se encuentran alusiones á varios sucesos de la vida del escritor que no dejan duda de que á él deben atribuirse. En el archivo de Simancas existe una copia duplicada de la *Relacion Primera* (*), aunque sin nombre de autor, lo mismo que la del Escorial. Muñoz la atribuye á Gabriel de Rojas, conquistador distinguido. Este es evidentemente un error, porque el autor del manuscrito declara ser el mismo Ondegardo, con decir, en su respuesta á la quinta pregunta, que él fué quien descubrió las momias de los Incas en el Cuzco; hecho que tanto Acosta como Garcilaso atribuyen al Licenciado Polo de Ondegardo, cuando fué corregidor de aquella ciudad. Si los Académicos de Madrid incluyesen en lo sucesivo estas *Relaciones* en su coleccion de manuscritos preciosos que están publicando, deben tener cuidado de no caer en este error, llevados de la autoridad de un crítico como Muñoz, que tan raras veces se equivoca en sus juicios.

(*) Esta relacion ha sido publicada en francés por M. Tergeux, de la géographie et de l'histoire, en la coleccion titulada: "Nouvelles Annales des Voyages, de la géographie et de l'histoire," tom. 103.—T.

LIBRO SEGUNDO.

DESCUBRIMIENTO DEL PERU.

LIBRO SEGUNDO.

Descubrimiento del Perú.

CAPITULO I.

CIENCIA DE LOS ANTIGUOS Y DE LOS MODERNOS.—ARTE DE LA NAVEGACION.—DESCUBRIMIENTOS MARÍTIMOS.—ESPÍRITU DE LOS ESPAÑOLES.—POSESIONES EN EL NUEVO-MUNDO.—RUMORES SOBRE EL PERU.

Cualquiera que sea el juicio que se forme sobre el mérito comparativo de los antiguos y de los modernos en las artes, la poesía, la elocuencia, y en todo lo que depende de la imaginacion, no puede haber duda que en las ciencias tienen que ceder la palma á los modernos. Y no podía ser de otro modo. En los primitivos tiempos del mundo, así como en los primeros años de la vida, habia una cierta frescura en la hermosa mañana de la existencia; los objetos que se presentaban á la vista tenían todo el brillo de la novedad; la belleza hacia mayor impresion en los sentidos, no embotados aun por el uso continuo, y el entendimiento, guiado por un gusto puro y natural, aun no se encontraba corrompido por

las teorías filosóficas; lo sencillo andaba por precisión unido con lo bello, y el espíritu de epicurismo, originado de la saciedad, aun no habia comenzado á buscar nuevos incentivos en lo fantástico y caprichoso. Los vastos dominios de la fantasía estaban todavía por explorar; no se habian recogido aun sus mas brillantes flores, ni éstas se habian marchitado al áspero toque de los que se figuraban cultivarlas. El ingenio no estaba ligado á la tierra por las frias y convencionales reglas de la crítica, sino que con sus álas libres podía remontar su magestuoso vuelo y recorrer el inmenso campo de la creacion.

Mas no sucedia lo mismo con las ciencias. Era difícil que hubiese ingenio capaz de observar todos los hechos, y mucho menos que pudiese crearlos. No habia otro camino que irlos recogiendo poco á poco con trabajo y paciencia, segun fuesen resultando de una detenida observacion y de la esperiencia. El ingenio, sin duda que podia clasificar y combinar estos hechos de un modo nuevo, y deducir de sus combinaciones consecuencias nuevas é importantes; y en estos trabajos casi podia llegar á rivalizar en originalidad con las creaciones del poeta y del artista. Pero si la marcha de las ciencias era por precisión lenta, tambien era firme y constante, sin admitir ningun paso retrógrado. Las artes pueden decaer; enmudecen las musas; las facultades in-

telectuales de una nacion llegan á caer en una especie de letargo; la nacion misma puede desaparecer sin dejar mas que el recuerdo de su existencia; pero los tesoros científicos, una vez recogidos, permanecen para siempre. Cuando otras naciones aparecen en la escena y la civilizacion toma nuevas formas, los monumentos del arte y las obras de imaginacion, producto de tiempos pasados, son un obstáculo con que se tropieza en la senda del progreso. Sobre ellos nada se puede edificar, y ocupan un terreno que de buena gana aprovecharia el nuevo aspirante á la inmortalidad. Así pues, no hay otro arbitrio que comenzar de nuevo la obra desde el principio, y es preciso que nuevas formas de belleza, no importa que su mérito sea mayor ó menor, con tal que sean diversas de las pasadas, aparezcan y vengan á colocarse al lado de éstas. Pero en las ciencias cada piedra que se asienta sirve de base para otra. La generacion que llega prosigue la obra desde donde la dejó la pasada. Nada de retroceso; la nacion podrá volver atrás, pero la ciencia sigue hácia adelante. Cada paso que llega á darse hace mas fácil la subida para el que viene detras; el constante investigador de la verdad va subiendo hácia los cielos paso á paso, y conforme asciende, su horizonte se ensancha, y se descubre á su vista el universo bajo un aspecto nuevo y mas brillante.

La geografia participaba como era natural, de las tinieblas que en los primeros siglos rodeaban todos los otros ramos de las ciencias. El conocimiento de la tierra solo podia provenir de un comercio dilatado, y ya se sabe que el comercio se funda en las necesidades facticias de un pueblo, ó en una curiosidad ilustrada, poco compatible con la primitiva condicion de la sociedad. En la infancia de las naciones, ocupadas las diversas tribus en sus querellas domésticas, rara vez tenian ocasion de estender sus escursiones mas allá de la cadena de montañas ó del caudaloso rio, que formaban el límite natural de sus posesiones. Es verdad que se cuenta de los Fenicios que navegaron mas allá de las columnas de Hércules, y se engolfaron en el grande océano occidental; pero las aventuras de estos antiguos viajeros pertenecen á las fabulosas leyendas de la antigüedad, y quedan fuera del alcance de los monumentos históricos dignos de fé.

Los Griegos, inquietos, arrojados y diestros en las artes mecánicas, tenian muchas de las circunstancias que se requieren para ser buenos navegantes, y dentro de los límites de su pequeño mar interno cruzaron por todas partes sin temor. Las conquistas de Alejandro fueron aun mas útiles para ensanchar los conocimientos geográficos, y ábrir las comunicaciones con los países

lejanos del oriente; pero la marcha de un conquistador es lenta comparada con la del viagero que no lleva tantos estorbos. Los Romanos eran menos emprendedores todavía que los Griegos, y menos mercantiles. Las adiciones á la masa de conocimientos geográficos siguieron el mismo paso que las adquisiciones del imperio. Pero su sistema propendia siempre á centralizar, y en lugar de estenderse y alejarse en solicitud de nuevos descubrimientos, todas las partes de aquel vasto imperio se volvian hácia la capital, como su cabeza y punto céntrico de atraccion. El conquistador romano seguia su marcha por tierra y no por agua, y el agua es el gran camino que une las naciones, y el verdadero elemento del descubridor. Los Romanos no eran una nacion marítima. A la caída de su imperio, la ciencia geográfica no pasaba de un conocimiento imperfecto de la Europa, y eso sin incluir su parte septentrional, y de una pequeña porcion del Asia y del Africa; sin que tuviesen otra idea de un nuevo mundo al otro lado de las aguas occidentales, mas de la que podia darles la afortunada prediccion del poeta. ¹

¹ La conocida prediccion de Séneca en su Medea, es acaso la mas notable profecía casual de que hay memoria, porque no solo anuncia con toda confianza que se ensancharian los límites del mundo conocido, sino la existencia de un *Nuevo Mundo* al otro lado de las aguas, que saldría á luz en los siglos venideros.

“Quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Typhisque Novos
Detegat Orbes.”

Acertó el golpe el filósofo mas bien que el poeta.

Vino luego la edad media; esos siglos tenebrosos como les llaman, aunque en sus tinieblas se maduraron las semillas del saber, que en la plenitud de los tiempos habian de producir una civilizacion nueva y mas ilustre. La organizacion de la sociedad vino á ser mas favorable á la ciencia geográfica. En vez de formar un solo imperio, degenerado y entorpecido por su misma desmesurada grandeza, la Europa se dividió en varios estados independientes; y como mucho adoptaron una forma de gobierno liberal, sintieron todos los impulsos naturales en hombres libres; y las pequeñas repúblicas del Mediterraneo y del Báltico vomitaron enjambres de marineros, que tratando de establecer un comercio útil, ligaron mutuamente todos los paises situados á orillas de los mares de Europa.

Pero los adelantos que se fueron haciendo en el arte de la navegacion, el método de computar el tiempo con mas exactitud, y sobre todo el descubrimiento de las propiedades de la aguja magnética, dieron grande impulso á la ciencia de la geografia. En vez de arrastrarse tímidamente á lo largo de las costas, ó de limitar sus expediciones á los estrechos límites de los mares mediterráneos, podia ya el viagero desplegar atrevidamente sus velas y engolfarse en el abismo, seguro de tener una guia que le condujese, sin temor de estraviar su camino en la inmensa

estension de sus aguas. Contando con este apoyo, comenzaron á despertarse deseos de viajar por un rumbo nuevo, y el marinero volvia ya la vista hácia otra senda que le condujese á las islas de las especias, por un via distinta de la que seguian las caravanas del oriente, atravesando el continente asiático. Las naciones en que se despertó primero el ansia de los descubrimientos, fueron naturalmente la España y Portugal, que eran como las centinelas avanzadas del continente europeo y dominaban el gran teatro de los futuros descubrimientos.

Ambas naciones comprendieron toda la importancia de su nueva posicion. Durante todo el siglo XV no cesó la corona de Portugal de hacer esfuerzos para hallar un paso al Océano Indico, doblando la punta meridional del Africa; pero los navegantes eran aun tan tímidos que en cada promontorio encontraban una formidable barrera y hasta fines del siglo no fué cuando el arrojado Diaz casi dobló el cabo que llamó de las Tormentas, aunque el rey Juan II, con mas feliz augurio, le nombró cabo de Buena Esperanza. Pero antes que Vasco de Gama se hubiese aprovechado de este descubrimiento para desplegar sus velas en el mar de las Indias, entró la España en su gloriosa carrera, enviando á Colon á probar fortuna en las dilatadas aguas de Occidente.

El objeto de este insigne navegante era tambien buscar un camino para las Indias; pero por el Occidente en vez de por el Oriente. No esperaba él ciertamente tropezar en su camino con un continente desconocido, y despues de repetidos viages se quedó todavía en su primer error, muriendo, como todo el mundo sabe, en la creencia de que la tierra por él descubierta era la costa oriental del Asia. Las empresas marítimas de los que siguieron las huellas del Almirante llevaban el mismo objeto; y el descubrimiento de un estrecho que diese paso al mar de las Indias, era el estrivillo de todas las órdenes del gobierno y el fin de no pocas expediciones á diversos puntos del nuevo continente, que parecia estender de un polo á otro sus miembros gigantescos. En el deseo de encontrar un paso para las Indias, está la clave del movimiento marítimo del siglo XV y la primera mitad del XVI; esta era la idea dominante de todas las expediciones de aquella época.

En nuestros dias no es fácil comprender la revolucion que causó en Europa el descubrimiento de la América. No se trataba de la adquisicion paulatina de algun territorio vecino, ó de la conquista de una provincia ó de un reino, sino de un Nuevo Mundo que de un golpe se abría á los Europeos. Las especies de animales, los tesoros de las minas, los vegetales, el variado as-

pecto de la naturaleza y el hombre en las diferentes fases de la civilizacion, llenaban el espíritu de un nuevo órden de ideas que cambiaban el giro habitual del pensamiento y le metian en interminables conjeturas. El ansia de escudriñar los maravillosos secretos del nuevo hemisferio llegó á tal grado, que las ciudades principales de España estaban por decirlo así, des pobladas, pues los habitantes se atropellaban por ir á probar fortuna en el Océano.² Tenian á la vista un mundo que parecia una tierra fabulosa, porque cualquiera que fuese la suerte del aventurero, no dejaba á su vuelta de dar á sus relaciones un colorido de novela que inflamaba aun mas la ardiente imaginacion de sus compatriotas, y fomentaba las ideas quiméricas de aquel siglo de aventuras. Escuchaban sin perder una sílaba los cuentos de las Amazonas, que parecian realizar las fábulas clásicas de la antigüedad; las noticias de los gigantes patagónicos; las deslumbradoras pinturas de *El Dorado*, en donde brillaban entre la arena las piedras preciosas, y se sacaban de los rios con redes los guijarros de oro del tamaño de un huevo.

² El embajador veneciano en donde generalmente se embarcaban, estaba tan pobre de habitantes, que dice "que casi no habian quedado en la ciudad mas que mugeres." *Viaggio fatto in* do el furor de emigrar. Sevilla, Spagna, (Vinegia, 1563,) fol. 15. sobre todo, como era el puerto

Sin embargo, no queda duda de que estos aventureros no eran unos impostores, sino que se dejaban engañar ellos mismos con demasiada facilidad por su propia imaginación, al ver lo estravagante de algunas de sus expediciones, pues las hubo en busca de la fuente de la salud, del templo de oro de Dobayba, y de los sepulcros de oro del Zenú; porque en su delirio se les figuraba ver oro por todas partes, y el nombre de *Castilla del Oro*, dado á la parte mas enfermiza y estéril del istmo, era un cebo irresistible para el desgraciado colono, que las mas veces en lugar de oro solo encontraba allí su sepulcro.

En estas regiones encantadas todos los accesorios contribuian á mantener la ilusion. Los incultos naturales, con sus cuerpos desnudos y sus toscas armas, eran poco á propósito para oponerse á los guerreros Europeos, todos cubiertos de acero. La desigualdad era parecida á la que vemos en los libros de caballerías, en los cuales la lanza del buen caballero echa por tierra de un golpe centenares de enemigos. Los peligros con que tropezaba el descubridor, y los trabajos que pasaba, no eran muy inferiores á los de un caballero andante. El hambre, la sed y la fatiga; las mortíferas emanaciones de los pantanos con sus enjambres de insectos venenosos; el frio y las nieves de las montañas, y el sol abrasador de los trópicos, eran el patrimonio de todo hidalgo

que venia á buscar fortuna en el Nuevo-Mundo. Era la realidad de la ficcion. La vida de los aventureros españoles era un capítulo mas, y no el menos notable de los libros de caballería.

El carácter del guerrero participaba hasta cierto punto de los colores exagerados con que se pintaban sus proezas. Altivo y jactancioso, deslumbrado con las halagüeñas perspectivas del porvenir, y con una absoluta confianza en sus propios recursos, no habia peligro que pudiese intimidarle, ni trabajo bastante á rendir sus fuerzas. Mientras mayor el peligro, mayor atractivo ofrecia, porque su alma buscaba impresiones fuertes, y á una empresa sin peligro faltaba el incentivo de lo novelesco, que era indispensable para ponerlos en accion. Mas en los motivos que les impulsaban á obrar se mezclaban de un modo extraño, influencias mezquinas con las mas elevadas; lo temporal con lo espiritual. El oro era el estímulo y la recompensa, y para conseguirlo, su carácter inflexible se paraba pocas veces en los medios. La crueldad empeñaba su valor, y esta crueldad provenia, por extraño que esto parezca, tanto de la avajicia como de la religion, segun se entendia en aquellos tiempos: la religion del Cruzado. Esta era una capa muy cómoda para una multitud de pecados, y los ocultaba hasta á los ojos del mismo que los cometia. El Castellano, demasiado altivo para ser hipócri-

ta, cometió mas crueldades en nombre de la religion, que jamás cometieron los idólatras, ó los fanáticos musulmanes. Quemar un infiel era sacrificio agradable al cielo, y la conversion de los que sobrevivian bastaba para expiar los mayores delitos. Causa tristeza y disgusto considerar, que el mas rígido espíritu de intolerancia como el del Inquisidor en su patria y el del Cruzado fuera de ella haya nacido de una religion que predicaba *paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

¡Qué contraste entre estos hijos del mediodia de Europa y las razas anglo-sajonas que se esparcieron por toda la parte septentrional del nuevo continente! No impulsaba á estos últimos la avaricia, ni el especioso pretexto del proselitismo, sino la independendencia religiosa y política. Por tal de conseguirla se daban por satisfechos con ganar una escasa subsistencia por medio de una vida frugal y trabajosa. Nada pedian al suelo mas de los productos correspondientes á sus labores. No les inquietaban esos ensueños dorados con su engañoso brillo, ni les arrastraban por una senda inundada de sangre, á destronar monarcas que en nada les habian ofendido. Contentábanse con los progresos lentos, pero sólidos de su sociedad. Sufrian con toda paciencia las privaciones del desierto, regañando el árbol de la libertad con sus lágrimas y con

el sudor de su rostro, hasta que se arraigase profundamente en la tierra y alzase sus ramas á los cielos; y mientras tanto, las poblaciones del continente vecino, semejantes á la vegetacion de los trópicos, adquirian en un dia todo su brillo, pero desde su nacimiento descubrian los síntomas de una próxima decadencia.

Parece una disposicion especial de la Providencia, que el descubrimiento de las dos grandes divisiones de la América hubiese sido hecho por las razas mas á propósito para conquistarlas y colonizarlas. Así fué que á los anglo-sajones tocó la parte del Norte, cuyo clima mas frio y suelo mas ingrato, eran muy propios para que ejercitasen sus hábitos de orden y de trabajo; al paso que la parte del Sur, con sus preciosos productos de los trópicos é inagotables tesoros minerales, era un cebo muy propio para escitar la codicia de los Españoles. ¡Cuan diverso hubiera sido el resultado, si la nave de Colon se hubiera inclinado un poco hácia el Norte, como él mismo pensaba al principio, y hubiese ido á desembarcar su cuadrilla de aventureros á la costa de lo que hoy es América protestante!

El resultado de este afán de hacer expediciones que dominaba á las potencias marítimas de Europa en el siglo diez y seis, fué que antes de que pasasen treinta años desde su descubrimiento, ya se habia reconocido toda la estension de